

LA EVOLUCIÓN CREADORA

de Henri Bergson

EXPOSICIÓN

Ambas interpretaciones de la evolución de las especies, la mecanicista y la finalista adolecen de serias dificultades. La interpretación mecanicista, según la cual nada hay más que materia, todo lo explica por sus propiedades químicas y el hecho de que ésta evoluciona hacia formas cada vez más organizada lo explica por el mecanismo de selección natural: algunas de las mutaciones que se producen al azar en el momento de la reproducción - paso de testigo del código genético- tienen un carácter positivo, que hace más fácil la supervivencia a los descendientes del mutante que al resto de los individuos de su especie (por ejemplo corren más y así cazan mejor, o huyen mejor de los cazadores) En consecuencia, al cabo de un tiempo toda la especie está formada por descendientes del mutante: la especie ha cambiado a mejor. Con estas sucesivas mejoras se va llegando a formas de vida cada vez más perfectas.

Pero esto explica algunos avances sencillos en la especie, pero no aquellos que suponen la suma de muchísimos cambios acumulados -hasta formar un organo- cada uno de los cuales no suponía mejora alguna para la especie, y por tanto no debería haber sucedido. Bergson pone varios ejemplos admirables, tales como el de la formación del ojo. Tienen que hacerse transparentes las capas, y las transparencias de unas y otras han de coincidir para que pueda pasar la luz, formarse detrás un cristalino, y allá donde llega la luz debe haber unas células impresionables que envíen las señales, por recordar solo algunos de los caracteres de la visión, cada uno de los cuales no es suficiente para que siquiera una visión rudimentaria.

El finalismo, en cambio explica la evolución de las especies como el cumplimiento de un plan preconcebido, es decir como adivinando en ella una finalidad: la educación de vida inteligente.

Pero esta ingenua explicación tampoco es admisible: si es así, no se comprende entonces la enorme proliferación de especies que se desarrollan por otras ramas de la evolución que no llevan a la vida inteligente.

Parecen dos explicaciones muy distintas, pero en realidad ambas adolecen del mismo defecto: Todo se explica por un solo momento del tiempo (y fijar de un momento es la eliminar el tiempo en nuestra consideración) En ese momento todo está dado implícitamente: en el caso del mecanicismo todo está determinado en el momento del origen, y en el finalismo todo está explicado por el momento final. Ambas son explicación por un solo momento. Ambas han perdido para su explicación el tiempo mismo, la duración. Así han perdido la libertad, la acción libre, la acción creadora, la continua creación, es decir la Vida.

En efecto, el tiempo es lo característico de la vida, y no existe de hecho, o es muy accidental -nada aporta- en el caso de la materia inerte: sabemos por la física matemática que el estado de la materia inerte en un momento dado determina su estado en cualquier otro momento, y por tanto ese otro momento nada nuevo aporta. No así ocurre cuando hablamos de un ser vivo. Lo que sea en un momento no determina lo que será en otro momento, y así el tiempo es creador de formas, aporta elementos nuevos impredecibles, es indeterminismo, acción libre, libertad.

¿Qué ha ocurrido aquí? Que hemos pretendido filosofar con solo la inteligencia, no dando lugar a la intuición, que es la que, desde dentro, capta la vida -es vida que entiende a la vida- mientras que la

inteligencia parece hecha a la medida de la materia inerte: es excelente en geometría, es decir en la comprensión de la extensión, propiedad característica de la materia, pero se siente incómoda con la vida. Si se trata de la vida no se puede predecir lo que ha de suceder. Se le escapa. Y como es la materia inerte lo que comprendemos mejor, nuestras explicaciones de los seres vivos, tendemos a hacerlas al modo de la materia inerte, viendo el tiempo como una sucesión de momentos inertes. Así por ejemplo, el movimiento de un brazo lo explicamos como una sucesión de instantáneas, perdiendo con ello el movimiento mismo. Sin embargo, aunque la ciencia, la gran obra de la inteligencia, dice que lo único que ha sucedido son esas instantáneas, la intuición, la vida que hay en nosotros conoce la vida, conoce que lo que ha sucedido es más bien el alzamiento de un brazo. Ha captado la duración, el tiempo, no los instantes (que en realidad no se dan sino que los imagina artificialmente la inteligencia para espacializar, hacer inerte la vida, para reducirla a lo que es su objeto propio, la materia, y así comprenderla). Resumiendo, consiste nuestra conciencia en inteligencia e intuición. La inteligencia comprende bien la materia, está para eso, mientras que la intuición es una mirada dirigida a la vida desde su interior.

Una observación personal, solo comprensible al lector con cierta noticia de la física moderna. La mecánica cuántica parece cuadrar bien con la filosofía de Bergson. Mientras no hay vida, mientras no hay "observación" la mecánica cuántica postula que todo sucede de modo determinado (y por tanto, ya en la vena Bergsoniana, el tiempo sobra, nada aporta). Cuando se da una observación hay indeterminación -su resultado es impredecible- y en ese sentido el instante da algo nuevo, es creador. Pero ¿se puede hablar de instante? Ese concepto es el que da lugar a todas las aporías de la actual mecánica cuántica: el colapsamiento de la función de onda sucede en un instante, lo que por otra parte parece contradictorio ya que el instante es tan breve que no existe, solo tiene existencia ideal, de modo que algo real sucede algo en un intervalo de tiempo ideal, etc... En el caso de un ser vivo esta aporía no se presenta una sola vez, sino continuamente, pues continuamente está observando, y en consecuencia el tiempo como sucesión de instantes - no como duración-es pura aporía para un ser vivo. (Quizá esto arroje luz sobre el hecho de que el tiempo es el principal problema en los intentos, todos ellos fracasados, de unificación de la relatividad general -es decir, la física de la materia inerte- y la mecánica cuántica, es decir la física en la que un observador - un ser vivo--hace su aparición ya en sus postulados. En la primera, el tiempo espacializado, es decir concebido como una sucesión de instantes, como una coordenada más -medida igualmente con los números reales-- es perfectamente aceptable, y no conduce a aporía alguna. En la segunda también se concibe así, pero se sabe que esos instantes que supuestamente conforman el tiempo son el origen de todas sus aporías)

La explicación de Bergson es, según él mismo afirma, una variante del finalismo. Tiene en común que considera inexplicable la evolución por la sola materia, pero se distanciará de ella en que se limitará a interpretar lo que ha pasado sin nada decir del futuro, momento en el que el finalismo auténtico pone la explicación de todo. Y en lo que ha pasado ve lo más contrario a un tiro de bala: una sola trayectoria, una sola dirección, que es lo que sucedería si hubiese una fin, un blanco al que la evolución se dirige. Lo que ha sucedido ha sido más bien una explosión, la explosión de la vida que ha estallado en mil fragmentos, mil ramas evolutivas diferentes, intentando abrirse paso en muchas direcciones distintas, aunque solo en la que llevó al hombre lo ha logrado de modo total. Eso explica que el ojo del molusco, por ejemplo, tenga tanta similitud con el del mamífero, habiendo aparecido ambos ojos después de la separación de ambas especies de su tronco común. Sencillamente, porque se trata de la solución, en las mismas condiciones, de un mismo problema -el de la visión- que se le opone a la vida al intentar abrirse paso. Todo ha sucedido como si la vida hubiese intentado abrirse paso hacia la libertad utilizando la materia, organizando a ésta en formas cada vez más perfectas hasta lograr la acción libre, lo que solo lo ha logrado plenamente en el caso del hombre.

En esta visión de la evolución como explosión de la vida, el tiempo es esencial, pues no se ve la evolución como una sucesión de momentos sino en su totalidad. Se ve el gesto entero, el brazo que

se alza. Se ve el gesto más bien que las instantáneas que artificialmente tomamos de ese gesto (por muchas que tomemos, ellas son el gesto) O supongamos mejor, añadirá Bergson, que el brazo se ha alzado a través de limaduras de hierro, y que por algún razón no podemos ver el brazo, tan solo nos es dado ver el movimiento de las limaduras de hierro (la inteligencia está adaptada para ver, para comprender solo la materia, pero no la vida, que es la que a través de la materia, a través de las limaduras, se ha abierto paso). El materialista que no tiene noticia del brazo invisible encontrará enormes dificultades para explicar el movimiento ordenado de las limaduras, y el finalista intentará explicarlo por un plan establecido sobre las limaduras. Bergson, en cambio, dirá que el ordenamiento aparentemente inexplicable de las limaduras no ha sido casual, aunque tampoco tiene finalidad, simplemente ha sucedido así porque ha pasado un brazo que no hemos visto pero que hemos notado por el rastro que ha dejado en el movimiento de las limaduras, de otro modo inexplicable.

Aprovechar la materia para la acción libre supone organizarla de tal modo que sea posible el movimiento, lo cual exige energía que habrá de tomarse de su fuente natural en la tierra: el sol. Pero hay un problema: la energía solar que llega en un momento dado a un pequeño cuerpo es insuficiente para sustentar su movimiento. Veamos el modo en que la vida lo resuelve (la evolución no es sino la resolución progresiva de problemas, de obstáculos que la vida encuentra para su acción libre) La vida acumula la energía que le llega del sol en forma química (hidratos de carbono) y para conseguir esto ha ordenado la materia ordenada hasta el punto de que esta pueda llevar a cabo la función clorofílica. Cuando lo desee utilizará esa energía acumulada en el movimiento de un músculo. Podrá decirse que la función clorofílica se da en un vegetal y el músculo es de un animal. Pero no se olvide que el animal carnívoro ha devorado a otro animal herbívoro que comió a la planta que realizó la función clorofílica, y todos ellos son la vida, la cual ha resuelto al fin el problema a través de esta división del trabajo (como se dividen el trabajo las células vivas de de los distintos tejidos de un ser vivo superior o las abejas de la colmena o los individuos de una ciudad)

Podría haber sido de otro modo, y podría haber sucedido que el mismo animal que logra sintetizar la sustancia orgánica -almacén de energía química- sea quien lo utilice en los movimientos. Esto ocurre así en los unicelulares, aún indiferenciados, en los que es difícil decidir si se trata de un animal o una planta. Incluso en seres vivos superiores, no es clara a veces la distinción entre vegetal y animal :-pensemos en animales parásitos que se aferran a otro animal para no moverse en busca de alimento (son en cierto modo vegetales), o pensemos en las plantas insectívoras que se comportan como animales. Probablemente esta división del trabajo ha sucedido porque cuando un ser vivo ha desarrollado mecanismos para moverse y así "gorrear" la energía a otro ser vivo ya no se molesta en sintetizarla desde la energía solar, y se atrofia en él esa capacidad: ha dejado de ser una planta. Así pues, la distinción entre lo vegetal y lo animal no es una distinción de grado, sino algo esencial, y se refiere al modo de relacionarse con el alimento, es decir la provisión de energía para ser almacenada y mantenimiento del propio material (necesario para seguir proveyéndose de energía)

No hay duda de que la posibilidad de moverse para buscar el alimento -el rasgo característico del animal- va unida a la posibilidad de conocimiento, el cual logra la vida por dos modos esencialmente distintos, el instinto y el intelecto, el primero característico de la vida y el segundo característico del hombre (que también posee instinto, pues también es animal) El animal utiliza otros seres vivos o inertes para vivir él mismo, y para eso ha de conocerlos y ese conocimiento directo que tiene la vida-conocimiento que en particular conoce a la vida- es a lo que llamamos instinto. ¿Cómo sabe el niño recién nacido que por primera vez busca el pecho de su madre, que es así y solo así como podrá subsistir? No lo sabe por razonamiento alguno -su inteligencia, que poco podría adivinar, aún no se ha desarrollado- pero lo sabe. También el instinto lleva a ciertos animales a utilizar la materia de un modo determinado y por ello tienen un conocimiento instintivo de esa determinada materia que les ha de servir para vivir, para actuar.

Pero la vida no solo puede utilizar los cuerpos materiales ya existentes (el caso de los animales, la vida instintiva) sino que puede además llegar a ser "*faber*", esto es puede fabricar instrumentos, nuevos cuerpos materiales que le serán útiles a partir de otros inútiles y esto lo consigue a través de la inteligencia, la cual está perfectamente adaptada para conocer lo material, lo inerte y poder así transformarlo, creando nuevas formas. No está pues, en el caso del instinto, que conoce solo el ser material del que va a servirse, sino que tiene que conocer por formas y así imaginar la nueva forma que podría dar a un ser material para poder servirse de él. No se trata pues, en el intelecto, de un instinto más desarrollado, sino de algo esencialmente distinto, de un conocimiento mediante formas.

Pero repetimos, en el hombre, el único ser vivo en que la vida ha llegado a desarrollar el intelecto y así ser "*faber*", es a la vez animal y racional y así su conocimiento o conciencia consta de instinto e inteligencia. El instinto le da conocimiento de la vida -decimos que la conoce instintivamente- y la inteligencia le da conocimiento de la materia inerte, y así lo que mejor entiende es la cantidad, el espacio. Es la geometría el conocimiento que la inteligencia encuentra completamente claro, totalmente cortado a su medida. Eso explica la pretensión racionalista: La inteligencia del hombre ha intentado geometrizar el tiempo, y aplicar modelos matemáticos -aproximaciones inertes- a todas las esferas del conocimiento convirtiendo en matemáticas toda la sabiduría (en la "*science universelle*" de Descartes) .

La vida ha conseguido su propósito de libertad a través de la inteligencia. En la prehistoria de la maquina de vapor tenía que haber un encargado accionar periódicamente un mecanismo para que se produjese la condensación del vapor . Se dice que un niño inventó la actual maquina de vapor. Algo aburrido con esa tarea que le habían encomendado se le ocurrió conectar dos émbolos por una biela, de modo que el empuje de uno produjese automáticamente el movimiento del otro, que en principio le habían encargado a él. De este modo podía dedicarse con libertad a sus juegos. De esta manera, ha sido a través de la inteligencia, al dominar la materia, al automatizarla, como la vida ha encontrado la libertad que por tantos caminos evolutivos diferentes ha intentado, y el hombre se dedica al ocio, a la literatura, a la filosofía, a las actividades libres propias del espíritu, una vez que los problemas inmediatos de mantenimiento han sido resueltos, quedando prácticamente automatizados.

Hemos visto que , para Bergson, la energía ocupa un lugar fundamental en la evolución de las especies: todo ha sucedido como en una explosión de la vida en muchas direcciones a través de la materia, desarrollando modos de utilizarla para captar la energía, para almacenarla (es decir, alimentación) y para utilizarla a discreción en la acción libre. Por eso importa ser más precisos, y hablar de la energía en términos facilitados por la termodinámica: El calor es energía desordenada, no utilizable; la energía, por ejemplo, de las moléculas de un gas que se mueven en direcciones aleatorias. Si ese movimiento es ordenado, si todas las partículas se mueven en la misma dirección, entonces la energía es aprovechable: empujan un émbolo. La materia inerte, por sí misma, tiende al desorden, a mayor grado de entropía (afirmación equivalente al segundo principio de la termodinámica) El movimiento de la vida, en cambio, es un movimiento inverso, hacia el orden, un movimiento que va recortando en la materia formas cada vez más ordenadas. Al alimentarnos, lo que comemos es materia orgánica, energía ordenada, más bien que calor (energía desordenada, inutilizable para realizar en trabajo).

Estas formas que informan a la materia en los seres vivos, son lo que nuestra inteligencia: sigue la inteligencia empeñándose en tomar, del tiempo, instantáneas -las formas- a las que conoce como "seres vivos" sin comprender que todas ellas son formas de un único ser, la Vida, y que todas ellas, todos estos seres, no dan lo que es la vida. Es como quedarse con instantáneas del movimiento del brazo sin comprender lo que se ha dado es un único ser: el alzamiento del brazo. Y que este ser no sucede en muchos instantes, sino en tiempo, en duración, que no es lo mismo.

La multiplicidad de seres aparece en la vida porque la vida ha utilizado la materia, de la que es propia la multiplicidad, la cantidad, la extensión (Ya Aristóteles entendió que la materia es principio de individuación, y explica así la multiplicidad de seres -aunque él hablaba de seres de una misma forma). De hecho la multiplicidad no resulta esencial en la vida: A veces no sabemos si el cuerpo de un ser vivo es una sola vida o es la suma de la vida de cada una de sus células, si es una vida o si son mucho muchas (y hasta se pasa de un estado al otro con suma facilidad: basta un disparo en el corazón) Lo mismo ocurre con una colmena. Cada abeja es incapaz de vivir por sí sola, aunque se le procurase el alimento. A veces, también, cuando observamos la división del trabajo humano en la sociedad de modo comparable a la división del trabajo de las células de nuestro cuerpo, intuimos que la sociedad misma es un ser vivo, aunque cada uno de nosotros lo ignoremos, como ignoran las células humanas que, al ir cada una "a lo suyo", están constituyendo la vida de un ser superior.

Puestas las cosas así, se comprende el error de los eleatas -la aporía de Zenón- y su continuación en el hilemorfismo de Aristóteles. Su filosofía, la obra de su intelecto, intentaba romper el tiempo en instantes, lo que es una ilusión de nuestro intelecto espacializador, dispuesto para la materia, no para la vida, a la cual la conocemos en su interior, a través del instinto. Esa filosofía fue obra de la razón, que una vez más intentó aplicar al tiempo, a la vida, las categorías que son propias del espacio. Así Aristóteles toma unas instantáneas de la Vida (de la evolución) y les llama formas, y ¡claro que son eternas! ¡como que al tomar la instantánea se ha hecho desaparecer el tiempo! ¡su eternidad no es sino atemporalidad, es la eternidad de una fotografía! Con su visión cinematográfica -cinematográfica- de la realidad ha captado instantes, pero no ha captado la realidad misma que es el alzamiento del brazo, la Vida, en continuo movimiento, en continua evolución creadora de formas nuevas, en una formidable explosión en múltiples direcciones desde un impulso inicial, el impulso vital al que podemos llamar, si queremos, Dios.

CRÍTICA

En la obra de Bergson, hay un aspecto observacional y un aspecto de interpretación.

En el primer aspecto, creo que hay buenas intuiciones, que merecen ser tenidas en cuenta, y no tomadas a la ligera. Ciertamente el modo en que ha sucedido la evolución no es explicable por el mecanicismo, y un finalismo sin matizar deja también aspectos importantes sin explicar. Pero el finalismo se acerca más: el modo en que todo ha pasado parece dar noticia de que hay algo más que la ciega materia.

Asimismo parece valiosa la intuición de que la racionalidad no es un grado más desarrollado del conocimiento instintivo animal, sino algo esencialmente distinto, y que de algún modo consiste en conocimiento por formas, y que está encaminado a que el ser racional sea capaz de acción libre. Lo mismo sucede con las afirmaciones, esenciales en su filosofía, de que la argumentación racional no agota todas nuestras posibilidades de conocer, y en particular de que hay en nosotros experiencia directa, intuitiva, de lo vital. Aportan elementos muy aprovechables para una filosofía más existencial y menos racionalista de la que hemos visto en los últimos siglos. De hecho encontramos ecos de este planteamiento en el reciente existencialismo: el conocimiento de la existencia por la experiencia, y hasta el conocimiento por la experiencia de Dios experiencia -no solo la experiencia de las cosas externas, sino también la experiencia interior, la experiencia religiosa (Gabriel Marcel, "Le mystère d'être"). No olvidemos que la religión es un camino natural, completamente válido para llegar a Dios. De hecho, una variante de esta idea, el conocimiento de Dios a partir de la experiencia moral es un tema antiguo, presente ya en la filosofía medieval.

Sin embargo creo que no puedo seguirle a Bergson en su interpretación semipanteísta de esas observaciones (aunque Bergson creía, de hecho, en un Dios personal) No es la consecuencia de esas observaciones o, si se quiere, su panteísmo es simplemente una posición, no está fundamentado por

ellas. Es más, la exposición de sus observaciones a menudo está ya sesgada por la posterior interpretación panteísta, para que "todo cuadre", por ejemplo cuando presenta la inteligencia como la pura capacidad de geometrizar, de entender con la materia. No cabe duda de que al suponer eso, la inteligencia encajará bien en su grandioso esquema, pero otra cosa es que tal reducción de la actividad intelectual humana sea admisible.

Si su interpretación panteísta no está fundamentada por sus observaciones -otras interpretaciones espiritualistas serían compatibles con ellas-- tampoco lo que solo en su panteísmo encuentra fundamento: su concepción de las formas aristotélicas como fotogramas artificiales, tomados a lo largo de la evolución, de un único ser: la Vida.

Para acabar esta crítica, quisiera plantear la pregunta de si la concepción del tiempo de Bergson está tan lejos de la Aristotélica. Creo que la doctrina del acto y la potencia da una concepción de lo que es el cambio y consecuentemente de lo que es el tiempo, en la que quizá no se ha profundizado lo suficiente. De hecho, la explicación Aristotélica de que Aquiles adelante a la tortuga es esencialmente la misma que la explicación Bergson: Porque los momentos en los que la inteligencia humana pretende dividir el tiempo real, solo existen en ella. La existencia de esos infinitos momentos es solo virtual, potencial, nunca actual.

En resumen, creo que hay mucho de aprovechable en la filosofía de Bergson. Su vitalismo es, en cierto modo, una bocanada de aire fresco, una reacción a un racionalismo agobiante

En particular creo que ofrece muchos puntos de reflexión sobre el modo la visión de la interrelación observador y materia que nos da la mecánica cuántica, en la cual la noción determinista del tiempo queda destrozada. Esto debería ser aprovechado.

Valdría la pena retomar esas mismas observaciones en una filosofía que no las interpretase en clave panteísta sino simplemente espiritualista.